

ANECDOTARIO DE VALLE-INCLÁN: VIDA Y LEYENDA DE UN ESCRITOR HETERODOXO

ÓSCAR SANTOS GARCÍA

IES Tierrablanca. La Zarza

Valle-Inclán siempre se supo escritor, y percibió desde muy pronto que para hacerse un hueco en la República de las Letras y soportar la estrecha e hipócrita sociedad española de aquel momento, tenía que hacerse un personaje a su medida, vivir *en* escritor. Así, diseñó una máscara —la mejor máscara a pie que cruzaba la calle de Alcalá, Ramón *dixit*— con una silueta inconfundible y una personalidad altanera y contradictoria. De las anécdotas a su categoría: un forjador de estilo.

Nacimiento

Valle, en 1915, en una entrevista periodística, dice interesada y falsamente haber nacido en La Puebla de Caramiñal, por el prestigio nobiliario que tenía este pueblo de la Ría de Arosa donde habían nacido sus antepasados más ilustres: los Bermúdez, Bolaño y Montenegro. Pero Valle no solamente miente en los periódicos: también ante la Administración, ya que en uno de sus pasaportes conservados aparece esta población como su lugar de nacimiento. La realidad es, según consta en su acta de bautismo (firmada por el cura párroco de San Cipriano de Cálago, don José Benito Rivas), que Valle-Inclán, inscrito como Ramón José Simón Valle Peña, nació en un caserón conocido como Casa Cantillo, situado en la calle de San Mauro de Villanueva de Arosa, en la provincia de Pontevedra.

...Porque México se escribe con «x»

Valle, tras estudiar el bachillerato en Santiago y Pontevedra, y Derecho en Santiago (sin mucho éxito, ya que nunca terminó la carrera y frecuentaba el casino más que las aulas) marchó el 12 de marzo de 1892 a México, donde permaneció durante un año. Para justificar este viaje, recurrió unas veces a la aureola de escritor aventurero y rebelde; y otras a la del noble conquistador dispuesto a emular a sus antepasados, o a la del torturado amante necesitado de poner distancia a unos amores contrariados. En otras ocasiones, recurrió al chiste o a la ocurrencia, como cuando le contestó a López-Pinillos en una entrevista: «Yo fui allí porque México tenía la intrigante y mística x».

A la conquista de Madrid

Valle sabía que si quería ser escritor tenía que conquistar Madrid: el 16 de abril de 1895 llega a la capital con su libro *Femeninas* recién editado, y un cargo en el Ministerio de Fomento conseguido por su amigo Augusto González Besada. Pero sus propósitos se tambalean al enterarse de que tiene que trasladarse a León para inspeccionar la restauración de la Catedral. Naturalmente, Valle-Inclán dimite y adopta una decisión heroica en esas fechas: quiere tomar Madrid únicamente con su pluma por espada, aunque para ello tenga que morir de hambre. Se instala en una miserable vivienda en la calle Calvo Asensio n.º 4, del barrio de Argüelles.

Luis Ruiz Contreras nos cuenta en sus *Memorias de un desmemoriado* que una noche acompañó a su casa a Valle, quien, estando en un café, se había sentido indispuerto. Allí pudo comprobar el frío de la vivienda y la pobreza del ajuar, compuesto por una silla, una mesa y una cama sin mantas. Valle se acostaba con el traje puesto y se cubría con la capa y unos periódicos atrasados.

Pérez de Ayala, en *Troteras y Danzaderas*, crea un personaje, Alberto del Monte-Valdés (trasunto clarísimo de Valle), cuyo sobrio régimen alimenticio nos describe: «Solía comer dos veces a la semana; el resto de los días engañaba el hambre con tazones de té bien azucarados o agua caliente sin más, y para no gastar calorías se quedaba todo el día en la cama». Efectivamente, se puede afirmar que Valle, como el Onetti de los últimos diez años, escribió buena parte de su obra acostado: en sus comienzos, para combatir el frío y el hambre; después porque sus dolencias estomacales y urológicas le obligaron a permanecer en cama durante largas temporadas.

Pendencias y aventuras en la República de las Letras: Valle émulo de Cervantes por la gracia de Manuel Bueno

El 24 de julio de 1899, Valle pontificaba en su tertulia del Café de la Montaña sobre los duelos, que a su parecer eran una de las Bellas Artes. Manuel Bueno, asombrado, intervino para contradecirle, y Valle, indignado, le espetó un «Qué sabe usted majadero», a la vez que blandía por el cuello una botella con actitud amenazante. Bueno se defendió a bastonazos y sus golpes, como ha demostrado Joaquín del Valle-Inclán, le provocaron a don Ramón, además de una herida en la cabeza que sangraba aparatosamente, «la fractura conminuta de los huesos del antebrazo izquierdo». En otras palabras, los huesos quedaron fragmentados en trozos muy pequeños que le causaron numerosas heridas internas. Se trataba de una lesión muy seria, y no de un simple rasguño causado por el gemelo de la camisa, como tantas veces se ha dicho.

El 12 de agosto, el doctor Barragán le amputó el brazo gangrenado, tal como figura en el certificado expedido por el cirujano. El médico contaba que Valle pidió quedarse solo en la operación para que los demás no le viesen llorar. Más tarde, el escritor fabularía este hecho fatal de muy diferentes maneras.

Valle y Ricardo Baroja: los cazatesoros

Tras la pérdida del brazo izquierdo, Valle sigue teniendo apuros económicos, y para subsanarlos, en enero de 1901 organiza con Ricardo Baroja una expedición a caballo a las minas de Almadén, en busca de un yacimiento de plata. Naturalmente, la quijotesca expedición se resolvió en un sonoro y doloroso fracaso, del que Valle se trajo una herida en el pie, producida accidentalmente al intentar cargar una escopeta.

Valle, que no fue capaz de encontrar tesoros, sí era capaz de fabricarlos con su pluma, y en esas circunstancias de enfermedad y descanso forzoso (de tres meses), escribió la *Sonata de otoño*, que le reportó el reconocimiento literario de algunos críticos y las primeras ganancias económicas.

Valle contra Echegaray

En enero de 1900, *El Liberal* convocó un concurso literario de cuentos. Valle aspiraba al premio con su relato *Satanás*. El jurado, compuesto por Echegaray, Fernández Florez y Valera, concedió el primer premio a José Nogales y el segundo a la Pardo Bazán. Pero después del fallo, Valera denunció que el mejor cuento era el de Valle, y que el resultado había sido manipulado por Echegaray y Fernández Flórez. En 1902, la historia y los actores se volvieron a repetir. Esta vez el primer premio se declaró desierto por las presiones de Echegaray, y a Valle le concedieron el segundo, dotado con 250 pesetas. Cuando quedaba herido en su orgullo, Valle-Inclán era terrible, y en este caso declaró abiertamente la guerra a Echegaray. Un hijo de este se arrimó cierto día a la tertulia de nuestro escritor, quien, viéndole llegar, exclamó con intención: «Ese don José está obsesionado por la infidelidad matrimonial. Todas sus obras son autobiografías de un marido engañado». Al oír esto, el vástago le mandó callar, identificándose como hijo del dramaturgo, a lo que Valle, entre el regocijo general, contestó: «¿Está usted seguro, joven?» En 1905, además, Valle encabeza la protesta contra el homenaje a Echegaray por la concesión del Premio Nobel de Literatura.

El grito del Fontalba

El día 27 de octubre de 1927, Joaquín Montaner, escritor de segunda fila y secretario del Comité Organizador de la Exposición Universal de Barcelona de 1929, que no había contratado ninguna obra de Valle para el evento, estrenaba en el Teatro Fontalba de Madrid una obra titulada *El hijo del diablo*, con Margarita Xirgu como protagonista.

Tras la representación, y en medio de la ovación del público, Valle, que ocupaba una butaca de platea, levantó la voz, y con ademanes descompuestos gritó tres veces: «¡Muy mal!» Cerca de él se encontraba el comisario de vigilancia de ese distrito, que intentó expulsarlo de la sala. Valle se resistió, y el comisario procedió a detenerlo entre los aplausos de la mayoría del público. Entonces Valle pronunció su memorable: «¡Arreste a los que aplauden!»

Matrimonio con Josefina Blanco. Adiós a la bohemia. Divorcio y vuelta al infortunio

La unión con Josefina supuso un cambio definitivo en la vida de Valle, que dejó la vida bohemia y se dedicó ya de pleno a la aventura literaria. Desde que lo conoció, su mujer ordenó su entorno y le impuso una disciplina que nunca había tenido. Al comenzar el noviazgo, Josefina trazó un plan para sacar a Valle de la pereza y la inercia: cada noche, al despedirse, ella le entregaba diez cuartillas que al día siguiente, al encontrarse otra vez, él debía devolverle escritas. Si él no cumplía con el trato, ella dejaba de hablarle. Además de luchar contra su pereza, Josefina pasaba a limpio los manuscritos ilegibles de Valle: ilegibles porque escribía en la cama, con una tablilla sobre las rodillas y unas chinchetas sujetando unas cuartillas que, a medida que llenaba, iba tirando al suelo.

Hasta su divorcio en 1932, Josefina fue un báculo continuo en la existencia de Valle. En tal grado que, a partir de la ruptura del matrimonio (debida a los celos de ella según unos, o a disputas económicas según otros), la vida de Valle inicia un viaje cuesta abajo hasta su dolorosa muerte.

Cesante de hombre libre y pájaro cantor

Valle, espíritu independiente y libre, no soportaba los puestos oficiales, le espantaba que le llamaran funcionario y le tenía alergia a los cargos. Todos los nombramientos los trocaba en poco tiempo en dimisiones fulminantes.

Ya hemos visto su dimisión, en 1895, del cargo de inspector del Ministerio de Fomento, la primera de varias espantadas a lo largo de su vida.

Una Real Orden de 18 de julio 1916 proclamaba que el Rey había tenido a bien nombrar profesor especial de Estética a don Ramón del Valle-Inclán. Pero Valle no era un profesor al uso, y daba muchas de sus clases en el Museo del Prado, en plena calle, e incluso algunas veces en cafés de Madrid. Hasta que un día se aburría y dimitió. La razón nos la desvela Fernández Almagro: Valle le contó que dejó el cargo porque no quería cobrar por algo que hacía gratis y a diario en las tertulias de los cafés.

A finales de agosto de 1931, Valle fue nombrado Conservador General del Patrimonio Artístico Nacional. Al principio se tomó en serio el cargo, pero a cada una de sus propuestas le sucedía el silencio de la Administración. Un año después de su nombramiento presentó irremediablemente la dimisión. En una entrevista con el periodista Luciano Taxonera explicó su paso por tan frustrante cargo: «Fui un funcionario que no tuvo función... A mí me declararon inquilino de las nubes...»

Azaña intentó compensarle empujándole a la Presidencia del Ateneo de Madrid, y para ello procedió a saldar las deudas de Valle con la institución, pues estaba dado de baja por impago de cuotas. El escándalo fue mayúsculo, y Valle, de nuevo, presentó la dimisión.

El 18 de diciembre de ese mismo año se dicta la sentencia de su divorcio: Valle dimite de la vida conyugal. Pero le quedaban aún dos dimisiones más; y la última, definitiva.

El 8 de marzo de 1933, cuando convalecía de una operación de vejiga, le llegó el nombramiento de Director de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, cargo que le gustaba mucho. Pero tuvo pronto enfrentamientos con los becarios, que se negaban a cumplir sus órdenes. Valle se cansa, deja la Academia y se instala en un hotel. Después marcha a Madrid. Acogiéndose precisamente a esta retirada, los becarios pidieron su destitución por alejamiento de la Academia. Esta vez, sin embargo, solo por fastidiarlos, Valle no dimite: pese a no ejercer sus funciones, siguió siendo Director de la Academia de Roma hasta el final de su vida.

Muy enfermo ya, Valle pasa unos meses en Madrid, y en la primavera de 1935 se traslada a Santiago para morir acosado por sus dolencias de vejiga. El 5 de enero de 1936, a las dos de la tarde, dimite de su maltrecho cuerpo. Y lo hace ante la prensa:

Testamento

Te dejo mi cadáver, reportero.
El día que me lleven a enterrar
fumarás a mi costa un buen veguero,
te darás en *La Rumba* un buen yantar.

Y luego de cenar con mi fiambre,
adobado en tu prosa gacetil,
humeando el puro, satisfecha el hambre,
me injuriará tu dicharacho vil.

Te dejo mi cadáver. Verme ingrato
harto de mi carroña, ingenuamente
dirás gustando del bicarbonato:
«Que don Miguel no muera de repente».

La *Voz de Galicia* del día 6 de enero de 1936 atribuyó a Valle, moribundo, la siguiente última voluntad: «No quiero en mi entierro ni cura discreto, ni fraile humilde, ni jesuita sabiondo.»

¿Estaba Valle dimitiendo de su vida eterna en el último soplo de su vida? Sólo Dios lo sabe. Amén.

